

POR UNA FORTUNA UNA CRUZ.

Ó POR

Un cuaderno de aparates un patreón

Entiendes Fabio lo que voy diciendo?

Como somos mas aficionados á las matemáticas que á la literatura empezamos esta critica con una regla de proporcion ó con mas si se nos ocurre.

Marcelina Almeida es á la novela lo que Segades á los cigarros, por que asi como de las manos de Segades no sale un cigarro bueno, de la cabeza de Marcelina no esperamos tampoco novela buena.

El artista ingles del jardin de Buenes á la música, lo que Marcelina á los signos ortográficos, por que asi como aquel canta las notas en baturrillo, esta siembra las comas, puntos y comas, dos puntos y puntos finales, de modo que no pueda digerirlas el lector.

Pero chiton! que se nos enoja el vate de anteojos, ese vate que queria ver la estrella de Marcelina, sin reparar que puede estar eclipsada; ese vate que la llama *maná de la rica miel* aunque nosotros la creamos *purga de sen y maná*.

Vamos á nuestro objeto.

Asi en los tiempos antiguos como en los modernos hubo y hay mugeres célebres, y ya que de novela tratamos, recordaremos á las contemporaneas Jorge Sand, Enriqueta la autora del *Tom*, Gertrudiz Gomez de Avellaneda, Carolina Coronado y Maria del Pilar Sinues de Marco. Pero ¿que son estas pobrecitas al lado del genio portentoso de la *hija de Apolo y de Minerva* segun llama el vate de anteojos á Da. Marcelina? Nada.

La novela *por una fortuna una cruz* desde su titulo hasta el último renglon de su primera entrega que es todo lo que hemos visto hasta hoy, pertenece á esa clase de obras que por muy claras que nadie las entiende, por muy tontas que todos las buscan (se entiende para reirse) y en este sentido se hará clásica como los versos de D. Pepito el de la cañuela, las novelas de Biosca, las endechas de Garibay y los cuadros de Camargo.

Quieren nuestros lectores saber el fin moral de la obra que nos ocupa? Preguntenselo á la autora, pues por nuestra parte la única moralidad que descubrimos es la de que una cabeza que produce tales y tantos fenómenos debe estar fenomenalmente construida, y digna de mecerse sobre las que meditan en la quinta de Vilardebó.

Quieren unidad de lugar?

Existe en la misma proporcion que la de los antipodas.

Quieren unidad de accion?

Esto seria tontera, pues á Da. Marcelina le agrada la variedad de las pasiones, de los genios, del lenguaje, y hasta de los sexos.

Para que se vea si hay ó no razon en lo que decimos vamos á transcribir algunos párrafos de la *novela parto*, que metió tanto ruido, pues creemos que es el único modo de decir algo en vista de que Da. Marcelina tuvo buen cuidado de que su obra no se pudiese criticar.

1—«Esta conversacion inédita de Inés no dejaba de ser verdad porque era inédita testo á mil autores sobre esto.»

Apostamos una chirivia á que ni el mismo vate de anteojos nos descifra esta charada.

2—«Claudio, era el *compendio de su ideal*: no su ideal mismo. Pero era joven: la amaba locamente: ella no creia enganarse amandole por su parte con ceguera: y *despues* al lado de Mr. Pierre Lemaitre, otro menos á proposito que Claudio habria bastado para hacerla jurar que moria de él y por él.»

De toda esta ensalada, cuya puntuacion como granos de pimienta, hemos conservado fielmente lo que mas nos agrada es lo de: *morir de él*. Si habrá concebido Da. Marcelina Almeida á su héroe Claudio bajo la figura de un cólico, de un sarampion, de un delirium tremens, de un lumbago ó de un reblandecimiento cerebral? No hay duda que si Inés se tragase á Claudio moriria de él, asi como el lector *muere de ella*, esto es, de la novela.

3—«Cuatro eran las habitaciones de aquella casa. Claudio y un doméstico solamente, se encerraban en ellas: y el saloncito de recepcion era un idilio de la poetica y dulce imaginacion de Prado.»

De este párrafo deducimos que hay cuatro Claudios y cuatro domésticos para encerrarse en las cuatro habitaciones, ó que cuando menos tenian la virtud de reproducirse asi como Da. Marcelina tiene la virtud de convertir los salones en idilios y los hombres en enfermedades ó medicinas. Lo que parece un verdadero Idilio, pero no de Teocrito ni de D. Claudio Prado, es el romanticismo á la gineta de la célebre novelista.

4—«Claudio por su parte, era un joven de veinte y cinco años; alto, magro, de color pálido, cabellos rubios, ojos azules y una boca espresiva franca como la boca de un bueno.»

Hasta ahora creiamos que la boca de los buenos era lo mismo que la de los malos; pero sin duda ninguna la novelista ha encontrado alguna diferencia que recida á la que existe entre una oreja de pollino macho y otra de pollina hembra, estilo Almeida.

5—«Mugeres, mugeres! decia como si alguna muger le escuchara el sarcasmo, asi quiebran el divino cristal de la esperanza! Asi seducen para dar la muerte! El hombre crédulo y ciego arrastra como un cobarde entre el humo de la mentira y el dolor de la verdad sin fuerzas para anonadarlas para maldecirlas!»

¡Bravo Marcelina! acabais de hacer nos tres descubrimientos: el uno que la esperanza es de cristal. ¡Cuidado Marcelina con la tuya, pues si los muchachos saben que has dicho semejante